

DOMINDO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22, 19-23): *Le vestiré tu túnica y le daré tus poderes.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.6y8bc): *«Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»*

2ª lectura (Romanos 11, 33-36): *De él, por él y para él existe todo.*

Evangelio (Mateo 16, 13-20): *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.*

San Pablo, maravillado porque todos nosotros, judíos y no judíos, que habíamos caído en la rebeldía, hemos sido perdonados y acogidos por la misericordia de Dios, exclama: *«¡Qué inmensa y rica es la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Qué impenetrables son sus designios y qué incomprensibles son sus caminos!»*. Jesucristo es, sin duda, una buena noticia para todos. Noticia de misericordia, de compasión, de reconciliación, de libertad y de vida nueva. El camino cristiano es de veras extraordinario, y por eso resulta tan poco comprensible para la sabiduría humana.

Entre todos los posibles caminos del amor, Dios escogió el de la encarnación, un camino de veras incomprensible. Quiso enviarnos a su mismo Hijo para compartir, en todo, nuestra condición humana: ¿Quién iba a pensar esa manera de hacerse uno con nosotros? ¿Quién iba a renunciar a todo lo grandioso para seguir el camino de lo oscuro y escondido de una vida de trabajo manual en un pueblecito de nada? ¿Quién iba a preferir la compañía de la gente del pueblo en vez de los sabios o los ricos? ¿Quién podía prever que la prueba máxima del amor de Jesucristo por nosotros se nos ofrecería en la entrega de su propia vida en la cruz? ¿Quién iba a imaginar que el Dios de la vida respondería con vida nueva en la resurrección? Solo Dios. Nadie sino Dios.

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». *«¿Qué idea se crean al verme actuar, al escucharme, al advertir el tipo de compañeros que tengo?»*. *«¿Qué dicen de mí?»*. *«¿Cómo entienden este extraño camino divino?»*. Pregunta Jesús. “*Que eres un profeta*” le contestan.

La gente opinaba que Jesús era un profeta. No lo confundieron con un sacerdote del templo, ni tampoco con un escriba experto en la Ley, ni con un aspirante a algún puesto popular o un caudillo belicoso que alimentara el resentimiento del pueblo contra los opresores... No, nada de eso: “*Un profeta*”. Un hombre que habla con Dios y en nombre de Dios. Muchas personas pueden tener ideas equivocada acerca de los demás. Pero ni todas... ni siempre. En el caso de Jesús, es llamativo que la opinión popular sea tan unánime: “*es uno de los profetas*”.

Pero, la pregunta de Jesús adquiere tintes personales: *«Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo?»*. No se trata ya de la opinión generalizada. La pregunta es personal y requiere una respuesta personal. Simón Pedro dio su respuesta, desde su experiencia y en su categoría de lenguaje. Dijo palabras que pueden significar mucho o nada para nosotros: *«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»*.

Lo bueno para él es que supo escuchar. No sacó la respuesta de su sabiduría humana y convencional; dejó que Otro hablara y supo escucharlo. Humanamente, ¿quién eres tú, Jesús de Nazaret? Un hombre pobre, un artesano, un judío galileo y, por ende, sospechoso en sus ideas religiosas y más, mucho más, en sus prácticas. Eres un predicador itinerante, alguien que se acerca a los pequeños y a los marginados, un hombre perseguido por las autoridades... Jesús, ¡no pareces gran cosa! Pero Dios me dice que eres su Hijo, que es en ti como está cumpliendo sus promesas de liberación y vida en favor de la casa de Israel y del mundo entero; que eres el Mesías esperado, el ungido de Dios, a pesar de todas las apariencias.

La respuesta de Jesús es: *«¡Dichoso tú!»*. Mateo utiliza la misma palabra de las bienaventuranzas del sermón de la montaña. A esos bienaventurados hay que añadirle este otro; a aquellos “*dichosos*” se le suma el que se deja inspirar por el Padre y se adentra por los incomprensibles caminos del Señor. Y es sobre la roca de esta confesión como Jesús puede edificar su Iglesia. No es solo Pedro, el impetuoso Pedro, que por una vez no habla de lo primero que le llega a la boca, sino que saca del fondo de su corazón la palabra inspirada por Dios mismo.

Esa es la verdadera “*piedra*”, la que no tiene consistencia en sí misma y logra su solidez gracias a haber recibido la revelación del Padre. *«Edificaré, mi Iglesia»*, dice Jesús. Su Iglesia, que nunca será de Pedro, ni de los demás apóstoles, ni de sus colaboradores o sucesores... Jesús, una vez resucitado, le tendrá que insistir a Simón Pedro: *«Pastorea mis corderos»* y *«Cuida de mis ovejas»* (Juan 21, 15-16). Las ovejas y los corderos nunca serán de Pedro; la Iglesia no le pertenece a Pedro; al contrario, Pedro y los demás son parte de la Iglesia que edifica Jesús.

No sé por qué. Solo sé que si la Iglesia no fuera como es, yo no tendría lugar en ella. Si el Señor hubiera esperado a que fuéramos santos para llamarnos, nunca habría llegado ese momento. Así que decidió llamarnos como éramos y como somos, para ver si así nos dejamos santificar. Al mirar a la Iglesia, muchos se sienten desilusionados. ¡Hay tanta mediocridad y tanto pecado! Pero, al mirar a la Iglesia, me siento muy animado: estoy en compañía de los que son como yo, pecadores tocados por la gracia de Dios, que luchamos cada día para no pensar y vivir según la sabiduría de este mundo, sino según la inmensa y rica sabiduría de Dios.

«Y tú, ¿Quién dices tú que soy yo?». No me digas lo que pensaban tus abuelos, o tus papás, o tus maestros o catequistas... Dime tú: *¿Quién soy yo para ti?*